

II CONCURSO DE RELATO BREVE “VILLA DE SABIOTE”

Alfonso Sergio Barragán Rincón (Los Barrios-Cádiz)

MÍRAME A LOS OJOS

Mi hijo ha muerto. No hay palabras en este mundo que puedan encerrar más horror y amargura. Todo lo demás ya no importa. Sólo ahonda el dolor en más dolor. Sé que no puedo culparte solo a ti. No cuando mis ojos son también culpables. Culpables por pretender sembrar ilusiones en esos campos fríos como la desesperanza que son el trampantojo esmeralda de tus ojos. Ahora siento la oscuridad de la casa como sombras acogedoras, como un manto agradecido que me exonera de la vislumbre dañina de un hogar que hace tiempo dejó de serlo. Resbalo a cada instante en esta opacidad esmerilada huyendo de la remembranza de imágenes pasadas: de ti, de nuestro hijo. Regurgito mis pesares en la oscuridad donde cada día las ausencias se hunden más en las sombras. Ya he aceptado la negrura con indiferencia, con el tupido velo de un castigo que merezco.

Me gustaste, primero por tus ojos. Amables, casi transparentes. Me mirabas y me derretía. Aunque ya entonces intuía algo de ti que me intranquilizaba. Pero jamás hice caso a mi instinto. Allí estaban tus ojos acariciándome, su frescor atemperando mis recelos.... *Mírame a los ojos*, me decías.

Nos da la vida y nos quita sin esperar nuestro consentimiento. Aguardamos que la vida nos dé y la vida se revuelve y nos quita. A mí, lo máspreciado: mi hijo. Tú te perdiste muchos antes....

Nuestra casa hacía tiempo que albergaba solo sonidos quebrados, rancias estridencias. Un fragor constante de puertas estentóreas, de quejas amordazadas, de voces, crujidos y lamentos aferrados a la punta de un cinturón que restallaba con demasiada frecuencia. Se perdió el rumor a hogar y deflagró el aire donde un niño inocente aspiraba bocanadas de cenizas calientes, hedor a lamentos y exabruptos. Y nosotros lo ignoramos todo... Hasta ese día.

Solo grité una vez. Un lamento redivivo que brotó dese lo más profundo de mis entrañas elevándose hacia el techo, reverberando por las paredes hasta encontrar salida por la ventana abierta. Abierta al vacío irreverente por el que segundos antes había transitado el cuerpo de nuestro hijo para quedar desmedrado, deshilachado contra la acera como un muñequito de trapo. Tú presentiste la tragedia nada más salir del cuarto. El cinturón colgaba de tu mano como el despojo de un áspid que acaba de inficionar por última vez. Seguiste mi mirada acústica hacia la ventana y lo comprendiste todo antes de quedarte debruzado sobre el alféizar, antes de extender la vista hacia el punto donde la luz se hacía vértigo y abismo: allí donde yacía el cuerpo inerte de nuestro hijo.

Durante días escuché tu clamor, el desgarró de tus lamentos que disonaban en el silencio obligado de mis pulmones. Desde entonces te siento cohibido en mi

presencia. No sabes qué hacer para endulzarme las horas y no me sirve de nada que me pidas perdón cien veces al día. Nada cambiará porque pretendas cambiar ahora. Y yo agradezco a la negritud que viste mis horas por el consuelo de que no seas más que una voz perdida en el confín de las sombras.

Cuando al entrar me hallaste frente al balcón abierto cubriéndome el rostro con las manos pensaste en lo peor. Qué desencaminado estabas. Me cogiste entre tus brazos sollozando como un niño intentando acunar mis pesares con tus manos frías. Hasta pasado un rato (los dos arrodillados sobre el suelo que aún atesoraba los pasos de nuestro hijito, como pidiéndole perdón a un Dios que nunca tuvo nada que ver en esto) no te fijaste en mis dedos manchados de sangre, y antes de separar mis manos del rostro comenzaste a pronunciar esas palabras culpables de todo. El talismán que siempre me arrastraba hacia tu terreno. *Mírame a los ojos*, me dijiste por última vez antes de comprender que me pedías un imposible. Adiviné el gesto de horror que sacudió tu rostro al ver los míos punzados, enceguecidos por mi propia mano. Tus palabras y tus llantos no me hicieron ningún efecto. Tan solo sentí lástima. Una lástima inmensa cuando gritaste que me acompañarías en la ceguera, y en el amargo acerado de tu voz reconocí mi propia determinación. Tuve que detener tu mano. No podía pedirte tanto y tan absurdo. No ahora. Te hice prometer que no lo harías... Estoy embarazada. Lo sé desde el mismo día en el que se fue nuestro hijito. No es el comienzo y jamás lo podrá ser, pero sí la continuación de lo que nunca deberíamos haber perdido. Muy pronto tendremos que prodigar un cariño doble: el que quebrantamos y aquel al que debemos entregarnos en cuerpo y alma. Por eso acepté tu promesa de acompañarme en la oscuridad. Cuando ya no nos necesite, cuando la vejez nos abrace, tus ojos ciegos se unirán a mis ojos ciegos. Quizá entonces, cuando no sepamos quienes fuimos podamos aprender a querernos de nuevo y puede que nos amemos alguna vez soñando que somos otros, otros amantes hechas de sombras tan solo permeables al tacto de nuestras manos. Y nunca más podrás decirme que te mira a los ojos como entonces...